

EL DIVINO VALLES.

PERIÓDICO DE MEDICINA ESCLUSIVAMENTE ESPAÑOLA

POR

D. Mariano Gonzalez de Sámano

REDACTOR ÚNICO.

Se publica en Barcelona y sale seis veces al mes.—PRECIOS DE SUSCRIPCION.—Para la península é islas ayacentes: Por un año, 40 rs. Por medio, 20.—Para el extranjero: Por un año, 60 rs.; por medio 30 rs.—Las suscripciones empezarán á contarse desde primero de año ó desde primero de Julio, aun cuando se hiciesen en los intermedios de estas épocas, recibiendo los interesados todos los números que les correspondiese.—Los remitidos, francos de porte, sin cuyo indispensable requisito no serán admitidos, se dirigirán á D. Mariano Gonzalez de Sámano, redactor único, en Barcelona.

Seccion Segunda.

MEDICINA PRACTICA.

COLERA MORBO ASIATICO.

Artículo editorial.

ACERCA DE UN INTERES VERDADERAMENTE GENERAL.

Terapéutica.

Tratamiento profiláctico.

Recordarán nuestros lectores que por las circunstancias especiales en que se encuentra la península, invadida en su mayor estension por el cólera morbo asiático, prometió el DIVINO VALLES, en su número precedente al de hoy, (véase el número 50) ocuparse del método terapéutico de esta enfermedad, y en consecuencia empieza á cumplir su cometido.

Cuando se trata de combatir una dolencia epidémica, ó contagiosa, tienen precision los prácticos de remontarse á investigaciones etiológicas, aun cuando, casi siempre, el resultado de estas sea infructuoso; mas sin em-

bargo, han comprendido con este estudio, si se quiere metafísico, una verdad eterna en medicina, y es; que para el desarrollo de una enfermedad epidémica, ó contagiosa, son precisas é indispensables á priori ciertas condiciones individuales, de otra manera no podría darse razón de la anomalía con que estas enfermedades se desarrollan en unos y perdonan á otros, siendo á si que, en algunas circunstancias y condiciones debería suceder todo lo contrario.

Por esta razon apenas se teme que una enfermedad, epidémica ó contagiosa, invada á un reino, á una provincia ó á una poblacion, se toman preventivamente las medidas mas acertadas para contener sus vuelos, cosa que alguna vez se consigue, por mas que algunos pretendan no ser posible el poner diques á esta clase de padecimientos. Fundados los verdaderos prácticos en la sana doctrina que hoy publica el *periódico de medicina exclusivamente española*, han reconocido como mas sublime y meritorio el precaver estas enfermedades; por esto, sin duda, han redoblado tambien sus investigaciones para el conocimiento del agente morbífico, y por esto, en fin, se entretienen tanto con la esposicion de aquellos medios, que cuando menos sirvan á minorar una influencia perniciosa, caso de obrar sobre el organismo.

Nos sugieren estas razones, las que abrigamos para anteponer, con relacion á la curacion del cólera morbo asiático, aquellas nociones que se refieren á precaverle antes que curarle. De esta manera se conseguirá con claridad y sencillez una recopilacion de cuanto sea indispensable para el mejor acierto en la direccion de esta dolencia.

Sobre cuatro centros del organismo obran generalmente las causas que desenvuelven las enfermedades llamadas epidémicas ó contagiosas. 1.º Sobre el centro nervioso de la vida de relacion. 2.º Sobre el aparato respiratorio. 3.º Sobre el aparato digestivo. 4.º Sobre el sistema dermoideo. Y 5.º Sobre el aparato generador. Estudiemos ahora cada uno en particular, y veamos de que manera dirigirle, á fin de que no se conviertan en puertas por las cuales se introduzca el agente morbífico. El centro nervioso de la vida de relacion es cabalmente el que percibe las sensaciones, resultado de las impresiones que le trasmitieran los sentidos, y segun fuese el resultado de aquellas sensaciones, así habrán de ser naturalmente las modificaciones que sufre el organismo. Por esta razon toda sensacion, sea cual fuese, lo mismo que las pasiones, son tan á menudo causas predisponentes para el desarrollo de estas enfermedades.

El conflicto, el terror, el miedo, el espanto, la afliccion, una escitacion viva, &c., &c., han sido en el reinado de todas las epidemias causas predisponentes, pero de tal indole, que en algunos individuos se las hubiese podido bautizar de ocasionales. La historia de la ciencia está bien llena de casos que confirman esta verdad, para que nosotros nos tomemos el trabajo de testificarla. Y si fuese necesario, nos bastaría el recuerdo de cuanto hubimos presenciado durante la epidemia de 1834, y lo mucho que en confirmacion podrian manifestar los prácticos actuales quienes hubiesen tratado la dolencia. Consiguiente á lo manifestado, cuando un individuo ofrece el predominio del sistema nervioso recibe con mas vehemencia toda clase de impresiones. Aqui esta idea que volverémos á tocar á su debido tiempo.

El aparato respiratorio, por su accion fisiológica, es el que casi siempre recibe primero la accion miasmática esparcida en la atmósfera, y dá pábulo á las enfermedades desarrolladas por la alteracion que puede presentar el aire respirable. Por este medio la sangre venosa en vez de tomar en las vecículas pulmonales las cualidades de arterial á beneficio de la accion del oxígeno de un buen aire, recibe los miasmas que producen un verdadero envenenamiento, pues á tal en *ultimatum* vienen á reducirse las enfermedades epidémicas y las pantanosas, debidas á los effluvios desprendidos de lugares insanos ó de aguas estancadas. Es verdad que á veces no ha sabido la ciencia explicar la inmediata accion de esta causa productora, ni ha podido la química encontrar en el aire el principio miasmático, ó como llamarse quiera, productor siempre de enfermedades mortíferas y pestilentes; pero de esta ignorancia no se desprende que el principio sentado por el DIVINO VALLES sea incierto. La esperiencia le confirma todos los dias, por desgracia de la especie humana, y cuando la esperiencia le acredita, tiene que admitirle el raciocinio.

Aparato digestivo. Sino de mas, cuando menos es de tanta consideracion para el etiólogo, como receptáculo de las causas morbíficas. En continuada accion con los agentes funcionales que le han de prestar los elementos quílicos, en perpetuo contacto con materias alcalinas, las cuales se vuelven acrimonias con la mayor facilidad, en la precision de estar regado con líquidos etereogéneos la exposicion á que se pervierta su accion secretoria y exalatoria; y finalmente, la relacion que existe entre él y el centro de percepcion, son todas causas para que el mayor número de males reconozcan por ocasionales á ciertos agentes que obran sobre la superficie interna del tubo digestivo. ¿Tiene, pues, algo de extraño que su estado particular le predisponga á ser uno de los principales centros sobre los que obrasen las causas morbíficas? Siempre que se trata de inquirir la via por donde los miasmas y los virus penetran en la economia, hallarémos razones á favor del

aparato digestivo y estas mismas apoyan las doctrinas que el DIVINO VALLES sostiene en este número.

Dotado el *sistema dermoideo* de la facultad absorbente y usalante en su mayor grado en contacto íntimo con el aire atmosférico y con cuantos agentes obran por su estensibilidad sobre la superficie cutánea, y gozando ú ofreciendo una estensa superficie, presenta un ancho campo para que las causas morbíficas penetren en la economía y produzcan toda clase de padecimientos. Además, sus íntimas relaciones con las mucosas de los aparatos respiratorio y digestivo y con el sistema nervioso cerebro-espinal, apoyarían, si necesario fuese, las condiciones favorables en que se encuentra, como sistema en el cual suelen imprimir su sello las causas de los padecimientos.

Finalmente, deberémos reconocer como órganos que por el género de sus impresiones favorecen el desarrollo de las enfermedades de mal carácter, á los que componen el aparato generador; pero es con relacion á sus acciones funcionales. En el siguiente número desenvolverémos nuestras ideas.

Como muy del caso y oportuno publicamos á continuacion el notable escrito de la Academia de Madrid, referente al mismo objeto que hoy ocupa al Divino Valles.

REAL ACADEMIA DE MEDICINA DE MADRID.

Instrucciones populares para la preservacion del cólera morbo y curacion de sus primeros síntomas.

La razon y la esperiencia han enseñado al hombre, á costa de largas y penosas lecciones y al cabo de muchos años de triste observacion, que asi como el vicio y el libertinage encuentran su competente castigo en determinadas circunstancias, asi tambien la virtud, la moderacion y la templanza obtienen su justa recompensa. En vano será, pues, que al contemplar los estragos que en muchos puntos de Europa y en nuestro pais mismo está haciendo la enfermedad conocida con el nombre de *cólera morbo asiático*, atacando á

multitud de pueblos colocados en tan diversas condiciones, y al parecer á todo género de individuos indistintamente, clamen algunos contra la adopcion de ciertas medidas que tienen por objeto evitar ó atenuar los efectos de semejante epidemia. Los hechos han resuelto ya definitivamente esta cuestion.

No hay duda que el *cólera* es una enfermedad terrible, tanto por la energia con que en general acomete, como por lo superior que suele hacerse, una vez confirmado su desarrollo, á los remedios mejor indicados, y hasta por el número de individuos en que se ceba; pero no es menos cierto que el de las víctimas disminuiria considerablemente sino se desoyesen, como sucede por desgracia, los saludables consejos de la ciencia, y si á los primeros síntomas se saliese al encuentro de la enfermedad con el uso prudente y racional de ciertos medios de sencilla aplicacion, pero de indisputable eficacia.

No es, no, el *cólera* un enemigo tan temible como generalmente se cree, cuando las poblaciones, lo mismo que los individuos en particular, no se dejan sorprender. Cuando entregados al abandono y al olvido mas completo de las reglas higiénicas la enfermedad les acomete, entonces sí que son en efecto espantosos sus estragos. La historia del curso de la epidemia en todas las épocas y paises en que ha reinado es el mejor comprobante de lo que acabamos de enunciar.

Teniendo, pues, en cuenta esta verdad la Real Academia de medicina y cirugía de Madrid, y penetrada profundamente de sus sagrados deberes, al ver á esta capital amenazada de tan terrible azote, no ha vacilado un momento en levantar su voz, para indicar al público de esta corte aquellas medidas de precaucion que la ciencia y la esperiencia han sancionado como de indisputable utilidad, y aquellos remedios que, á la par que sencillos, poseen una virtud eficaz y poderosísima cuando con la oportunidad debida se ponen en práctica.

Semejante tarea ha sido desempeñada ya de una manera mas ó menos cumplida por otras corporaciones y por algunos profesores celosos que, penetrados sin duda de la verdad de tales aserciones, se han apresurado á prestar á la humanidad un servicio tan importante: la Academia lo sabe bien, aunque no por eso se ha creído exenta de hacer cuanto por su parte pueda conducir á un fin tan benéfico.

Mas no se crea que para llenar su cometido se haya propuesto desarrollar todas sus fuerzas emprendiendo una obra de gran estension, que abrace todas las cuestiones relativas al objeto, como quizá exigirian algunos: la Academia cree haber comprendido bien las necesidades del momento, y tiene muy en consideracion la clase de personas á quienes principalmente consagra su trabajo, para prescindir de minuciosos é inútiles pormenores que á nada conducirian. Esta es la causa de que, dejando á un lado cuanto se refiere á la historia, naturaleza, causas etc., del mal, se haya fijado en lo que únicamente

importa á las familias saber y conocer, ó sea en las precauciones que deben adoptar para librarse en lo posible de la epidemia y los medios de que no solo impunemente, pero hasta con el mejor resultado, pueden hacer uso mientras reciben por disposicion facultativa de persona competente mas enérgicos y eficaces auxilios dado caso que fuesen necesarios.

En esta parte la Academia ha tenido buen cuidado en huir de un escollo peligrosísimo, no aconsejando el uso de ciertos agentes cuya administracion y empleo solo al médico incumbe si han de evitarse graves y fatalísimas consecuencias. La opinion pública se halla hoy por desgracia lastimosamente estraviada sobre este particular, y la Academia ni puede contribuir al desorden en asuntos de tanta importancia, ni quiere aceptar la responsabilidad que envuelven tan deplorables extravíos.

En cuanto á la parte de redaccion, la Academia ha creido que debia ser clara y breve para acomodarse á todas las inteligencias. ¡Ojalá consiga su propósito, y sus saludables consejos sirvan para arrancar algunas víctimas á la muerte!

REGLAS HIGIÉNICAS.

No conociéndose hasta el dia un medio que con razon pueda llamarse preservativo en todos los casos y circunstancias, la Academia ha creido conveniente indicar aquellos que la experiencia tiene acreditados como útiles en otras enfermedades mas ó menos análogas, y que aun en las epidemias de *cólera* observadas en diversas épocas y paises han dado resultados ventajosos é indisputables. Siendo, pues, la observacion de una buena higiene la mejor garantía, segun se deduce de la observacion hecha por todos los médicos y corporaciones facultativas mas ilustres, á los saludables preceptos de aquella ciencia es forzoso recurrir, poniendo en práctica las disposiciones sanitarias siguientes, que la Academia considera como mas útiles, y de las cuales unas se refieren á las habitaciones en general, y otras á los individuos particularmente.

Debe procurarse que las casas tanto exterior como interiormente se hallen en el mejor estado de limpieza, procurando evitar la acumulacion de basuras, desperdicios de legumbres, frutas, restos de comida etc.; limpiar ó blanquear las paredes y los techos que lo necesiten, barrer los suelos, ventilar las alcobas y cuartos interiores, escaleras, pasillos y desvanes; proporcionar libre salida al humo y á los vapores que en las cocinas produce la preparacion de las comidas; hacer que no se detengan las aguas inmundas; verter lo mas pronto posible las que han servido para fregar y lavar; limpiar bien los orinales, escupideras y letrinas, echando, si es posible, todos los dias por estas muchos cubos de agua, ó bien cierta cantidad de agua de cal ó de una disolucion de la caparrosa, y procurando que estén

perfectamente tapadas; no arrojar á los patios ó corrales aguas ó materias capaces de producir olor y humedad; observar la misma limpieza con respecto á las cuadras, portales y boardillas, sacando á menudo el estiercol, barriendo, abriendo las puertas; desatascando los sumideros y no permitiendo que habiten aquellos animales domésticos en mayor número de lo que á juicio prudente permita su capacidad, dado caso que no pueda prescindirse de ellos, lo cual sería mucho mejor.

Tambien convendrá regar moderadamente las habitaciones con agua de cal ó clorurada, con especialidad en casos de fallecimiento y cuando hay algun enfermo. Tambien puede ser útil el quemar vinagre, vertiéndolo sobre una badila ó hierro candente.

La pureza del aire es una de las primeras condiciones de salubridad; pero como pudiera suceder que un celo mal entendido hiciese caer en extremos igualmente perjudiciales, conviene saber que, si bien debe procurarse á toda costa la ventilacion de las habitaciones, hay que evitar con mucho cuidado el colocarse entre dos vientos ó recibir el aire colado, como vulgarmente se dice; no hacer la ventilacion hasta despues de haberse vestido; no dormir con los balcones ó ventanas abiertas, ni con poca ropa; salir de los dormitorios con suficiente abrigo; no ir directamente desde la cama á la calle; y por último, no esponerse á la supresion del sudor en ningun caso y bajo ningun concepto.

El abrigo es otra de las cosas que deben tenerse muy presentes, porque el abandono en esta parte suele dar funestos resultados. El ir muy abrigado, como el andar muy ligero de ropa, presenta inconvenientes que en todas ocasiones deben evitarse, y mucho mas en épocas de epidemia. La costumbre debe servir de regla en este punto; pero los que habitualmente van poco abrigados obrarán con acierto si toman algunas precauciones en semejantes circunstancias. El que hace uso de almillas, elásticas, camisas ó chaquetas interiores durante el invierno convendrá que se ponga estas prendas desde luego. El vientre sobre todo debe llevarse abrigado, pues la accion del aire y del frio sobre esta parte del cuerpo es mas perjudicial que en alguna otra, por la facilidad con que ocasiona dolores, diarreas, etc. Los pies es otra de las partes del cuerpo que mas cuidados exigen con respecto al *cólera* y en la estacion en que nos hallamos: de aqui la necesidad de ir bien calzado á fin de evitar la accion del frio y la humedad. Es perjudicialísimo el andar descalzo por la casa, y mucho mas al salir de la cama ó cuando los pies están sudando. Con los niños han de tenerse las mismas precauciones, las mugeres deben redoblar estos cuidados, principalmente durante las épocas mensuales.

La limpieza del cuerpo es otra de las cosas que nunca pueden descuidarse sin perjuicio de la salud, y mucho menos en tiempos de epidemia. Sobre esto no pueden darse otras reglas que las que se hallan al alcance de todo el mundo.

En cuanto á los alimentos, todas las precauciones son pocas si se consideran las fatales consecuencias que de los descuidos en esta parte pueden sobrevenir. El buen régimen alimenticio es sin duda alguna el mejor preservativo del cólera; así, pues, los alimentos serán de buena calidad y en cantidad proporcionada á las necesidades del individuo, segun su edad, oficio, estado de salud etc., evitando todo exceso en mas ó en menos. No conviene comer á menudo, ni tampoco estar en ayunas mucho tiempo. La cena debe ser moderada. No es bueno salir por la mañana de casa sin haber tomado algun alimento. No se debe beber agua entre comida y comida, ó por lo menos hasta pasadas tres ó cuatro horas de haber comido. Tampoco conviene correr, acalorarse ó leer inmediatamente despues de las comidas. Estas deben componerse, en general, de sustancias sanas y de fácil digestion; el régimen observado comunmente por la mayor parte de las familias de buenas costumbres es el que debe seguirse. Las carnes frescas de vaca, ternera y carnero, así como las de gallina, pollo ó pichon, cocidas ó asadas, pueden y deben usarse sin peligro. Conviene abstenerse de legumbres y ensaladas crudas. Las frutas de la estacion en general son nocivas, principalmente las ácidas y las que no están en sazón, ó por verdes ó por pasadas, y en todo caso deben comersse en corta cantidad. Será muy prudente en la estacion actual no hacer uso del melon ni de la sandía, así como tampoco de los higos llamados melares, tomates, pimientos y calabazas. Los condimentos fuertes deben proscribirse. Es de rigor renunciar á la perniciosísima costumbre que algunos tienen de desayunarse con frutas y otras sustancias frias y de difícil digestion.

Con las bebidas hay que tener tambien mucho cuidado: el agua pura de fuente, sola ó con algunas gotas de vino es la mejor. Los licores y el aguardiente, principalmente en ayunas, son muy perjudiciales, pues se ha observado que el cólera ataca con especialidad á los aficionados á la bebida. Sin embargo, el que tenga costumbre de beber un poco de vino á las comidas no debe dejarla. Es espuesto el uso de los helados.

Por regla general los que observen un régimen alimenticio regular no deben variarlo, así como los que le tienen malo deben corregirse, sino quieren esponerse á ser las primeras víctimas.

Conviene hacer ejercicio pero sin llegar á cansarse, ni menos experimentar fatiga, porque esto es tan perjudicial como la quietud demasiado prolongada. Despues de comer no deben practicarse ejercicios muy activos, ni ponerse á la mesa al concluir estos. Importa mucho evitar la accion prolongada del sol, sobre la cabeza principalmente. Son muy perjudiciales los excesivos trabajos de bufete. Por regla general el ejercicio debe ser moderado, alternando el del cuerpo con el del espíritu.

El descanso es tan necesario como el alimento, y el sueño es el mejor calmante. No conviene pues el acostarse tarde, dormir poco,

ni levantarse muy temprano. No se debe dormir al aire libre ni (como ya se ha indicado) con poca ropa, y menos con las ventanas abiertas. En las alcobas ó dormitorios se ha de procurar que no haya orinales, ropa sucia, calzado sudado, flores, ni objetos que embaracen. No deben dormir mas que una ó dos personas en cada pieza.

El influjo fatal de las pasiones nunca es mas notable que en tiempo de epidemia; por lo tanto se ha de procurar que el espíritu se halle tranquilo. Pero lo que á toda costa debe evitarse es el miedo, porque predispone mucho á la enfermedad, produciendo inapetencia, malas digestiones, tristeza y abatimiento. No hay motivo para temer tanto el cólera, pues cuando se ha observado un buen régimen de vida y se acude con tiempo á remediarlo, es una enfermedad de la que puede la ciencia triunfar en muchos casos.

Si todos los errores de régimen, si todos los excesos suelen pagarse muy caros mientras reina una epidemia, pocos habrá tan funestos como los que se cometen contra la castidad. La incontinencia ha hecho muchas víctimas aun en tiempos normales; pero durante el cólera, tal vez no haya cosa que mas predisponga á contraer la enfermedad. Húyase pues de todo abuso en esta parte.

Tal es el régimen de vida que debe observarse mientras dura la epidemia. Escusado es decir que los enfermos, los achacosos, los ancianos y personas delicadas han de redoblar sus cuidados en semejantes circunstancias.

MEDIOS ESPECÍFICOS DE PRESERVACION.

A pesar de los muchos medios que algunos profesores, principalmente extranjeros, recomiendan para librarse del cólera, y á pesar de tantas prácticas mas ó menos absurdas con que se ha pretendido seducir al público, la Academia *no reconoce método ni remedio alguno específico para librarse de la enfermedad en cuestion*, y solo en la observancia de los preceptos higiénicos que preceden, en la oportunidad de los socorros prestados á los enfermos al aparecer los primeros síntomas y en la prudente y sábia direccion facultativa, tiene una fundada y justa confianza, que desearia poder inspirar á todo el mundo.

REMEDIOS QUE DEBEN PONERSE EN PRÁCTICA MIENTRAS LLEGA EL MÉDICO.

Convencida la Academia de que la oportunidad de los auxilios es una de las cosas mas importantes generalmente en la curacion del cólera, y persuadida por otra parte de que la administracion de ciertos remedios por manos inespertas y en momentos de afliccion ó intranquilidad de espíritu, es ó puede ser tanto ó mas perjudicial que la enfermedad que con ellos se

trata de combatir, por razones que sería largo enumerar, reprueba completamente esa multitud que la sencillez, la ignorancia, la mala fé y la codicia proponen y elogian todos los dias y por todos los medios que se hallan á su alcance. La Academia haria traicion á su propia conciencia si autorizase con su voto la mas monstruosa de las especulaciones.

Las familias, sin embargo, han de estar prevenidas, y tan pronto como cualquiera individuo sienta alguna indisposicion, por ligera que sea, deberá tratar de remediarla. La diarrea especialmente no debe mirarse con indiferencia, pues este sintoma que en otras ocasiones podrá significar muy poco, cuando reina el cólera en la poblacion es de la mayor importancia.

Como podria suceder que aquellas personas que no han visto enfermos de cólera cayesen en uno de dos extremos igualmente perjudiciales, el de alarmarse sin motivo y el de no hacer caso de los primeros síntomas de la enfermedad, perdiendo asi un tiempo precioso, conviene saber que el cólera rara vez se declara de un modo repentino, pues casi siempre va precedido de ciertos síntomas mas ó menos intensos y numerosos, mas ó menos constantes: unas veces precede á la enfermedad una sensacion de cansancio general y de quebrantamiento de los miembros como si se hubiese hecho un egercicio violento; pesadez de cabeza, desvanecimientos ó mareos, dolor en la boca del estómago con opresion; otras veces empieza el mal con ruido de tripas, dolores de vientre y diarrea, aunque esta puede existir sin que haya dolores.

Estos síntomas pueden presentarse sin que les siga inevitablemente el cólera; pero se debe procurar combatirlos á todo trance, porque por lo menos son muy sospechosos. Al efecto convendrá ponerse á dieta, hacer uso de las infusiones de flor de malva, te ó salvia, beber á cortadillos el cocimiento de arroz con un poco de goma arábica, templado; ponerse lavativas pequeñas del mismo cocimiento ó simplemente de agua natural con almidon; tomar un baño de pies caliente echando en el agua un poco de sal, ceniza, jabon ó mostaza, y sobre todo meterse en una cama caliente, procurando sudar.

Si los síntomas indicados no ceden ó se agravan, el enfermo debe ser trasladado á un hospital inmediatamente si no puede permanecer en

su casa: en otro caso se debe llamar al médico.

Si este tarda en llegar, y los dolores se hacen mas agudos y frecuentes, la diarrea se presenta sin olor y bajo la forma de un cocimiento de arroz, observándose en ella unos grumos blanquecinos; si aparecen vómitos de la misma naturaleza, aumenta la sed, se disminuyen las orinas ó se suspenden por completo; si el enfermo siente una opresion y una angustia inesplicable en la boca del estómago, calambres en las piernas y en los brazos, y al mismo tiempo la piel se enfria y pone azulada, el semblante se altera, he aquí lo que conviene hacer:

Se procura dar calor al enfermo abrigándole bien, poniéndole botellas de agua caliente, ladrillos, saquillos llenos de salvado ó de arena, caliente tambien; se le frotarán los miembros (sin descubrirle) con un cepillo ó con un pedazo de paño ó franela caliente y seca, ó bien empapada en aguardiente simple ó alcanforado, y se le aplicarán sinapismos en las piernas, brazos y boca del estómago. Se debe procurar hacer vomitar al enfermo con agua y aceite comun ó de almendras dulces. Tambien conviene promover el estornudo á beneficio del tabaco, la sal, la titilacion con las barbas de una pluma ó por otros medios análogos.

La accion de estos medios se favorecerá obligando al enfermo á tomar cada media hora ó tres cuartos de hora lo mas, tazas de infusiones bien calientes de melisa, flor de tilo, té ligero ó agua azucarada, si no hay á mano otra cosa. Si vomita las aguas, se le darán solamente pedacitos de hielo de cuando en cuando.

Como el fin de tales medios es hacer que el enfermo entre en calor y que se restablezcan la circulacion y los movimientos del corazon, es preciso insistir en ellos hasta que llegue el facultativo.

Las familias deben mirar como altamente perjudiciales esa multitud de pretendidos *específicos*, que solo pueden ser acogidos por una ignorancia, que aunque disculpable, es funesta.

Si en lo sucesivo se descubriese algun remedio nuevo y verdaderamente eficaz, la Academia, fiel á sus deberes y á la obligacion que para con la humanidad se ha impuesto, se apresurará á darle la publicidad necesaria. Madrid y Setiembre de 1854.—Por acuerdo de la Academia, *Gregorio Escalada*, vice-presidente.—*Matias Neco Serrano*, secretario.



Sección última.

VARIEDADES.

A continuación damos cabida á los trabajos científicos de la Academia de Madrid y á la oración ó discurso que en sesión solemne y pública, celebrada el 4 de los corrientes, legó su socio académico y de número el doctor y catedrático D. Vicente Asuero.

REAL ACADEMIA DE MEDICINA

DE MADRID.

Sesión pública y solemne del 4 de junio de 1854.

—Resumen de actas leído por la secretaría.

(CONTINUACION AL NÚMERO 50.)

Discurso inaugural leído por D. Vicente Asuero.

Si su obligación, ya catedrático, ha de ser la de explicar una lección en cada día, que pueda disponer también de un día para prepararse como opositor, una vez que como maestro ha de tenerle á su albedrío para la misma acupación. Razones podrían alegarse y en gran número, para pedir mas tiempo todavía en favor de los actuantes, mas tiempo aun que aquel que la necesidad de la enseñanza cotidiana ha de permitirles emplear en el estudio, si llegaren por fin á ser maestros.

¿Habrá nunca paridad entre el estado moral que sube con el maestro á la cátedra en que explica, desde donde dirige la palabra á sus alumnos, á discípulos á quienes él mira de alto á abajo, y el estado moral que abruma al angustiado opositor que vá á dar su lección en presencia de sus jueces y ante un público que espera, que aguarda impaciente su llegada para satisfacer sus curiosidades y juzgarle?

¿Qué son tres horas de preparacion para un actuante cuya lección ha de durar una hora entera? Ni tiempo se le dá para que acopie materiales, ni para que ordene sus ideas. Este tiempo lo emplea y le basta solamente para medir y contemplar de cerca, como nunca, el abismo en que vá á poner su nombre, su reputación, su mas preciosa joya.

Si; todo le ocupa en aquellos momentos fugitivos para él, en aquel caos, en aquel torbellino intelectual, menos lo que la ley quisiera le ocupase. Este es el hombre, y nadie cambiará su natural pidiéndole valor para luchar con imposibles.

Solo el varon resuelto y despechado podrá brillar en tales casos; solo una organizacion de privilegio; solo un temple vigoroso, afortunado (que largas, profundas meditaciones y trabajos literarios pocas veces dejan de estenuar) podrían dejar el ánimo sereno para que un hombre se mostrase como es en tan críticas, difiles y solemnes circunstancias.

Repárese además en que esa situación que hemos descrito, despues de haberla muchas veces contemplado en personas de alto y de mediano saber, no aparece de repente, de improviso: dias de esperanza y de temor, fatigas y desvelos la preparan.

Analícemos, pues, su historia para que no aparezca exagerado, fantástico, ilusorio el colorido que ya hemos dado á su bosquejo. ¿Util será nuestra tarea! Los actos de valor y de heroismo han encontrado siempre poetas y prosistas que los pinten: ¿qué será que los de modestia, de vergüenza y de humildad, mas frecuentes aun que los primeros, han hallado mas que los sientan y los callen que ingenios que los describan y publiquen? Sin duda en la intimidad que siempre tienen, en la amargura que destilan sus recuerdos y en la debilidad y cobardía que revelan, respecto á quien por conocerlos los descubre, delatándose ó confesándose asi como su víctima, deberá acaso encontrarse el motivo y tambien la explicacion de aquel silencio tan notable sobre afectos tan generalmente sentidos como hábilmente disimulados ó callados.

Pero sigamos desde su origen aquella situación que hemos empezado á bosquejar, para ya descorrer su velo enteramente.

Ved á ese jóven que ha terminado con mas ó menos brillantez todos los actos de su vida literaria; ha estudiado la ciencia que profesa con una verdadera vocación; sabe lo que á su edad y con su estudio puede un hombre aprender; un hombre no vulgar, tampoco un genio (de estos, solo los que lo son pueden hablar); sabe y no olvida lo que de Hipócrates aprendió así que abrió sus libros, esto es, «que el arte es largo;» sabe que ignora, y á fé que á su edad no es poco saber, si bien lo sabe. Asi pensando, oye decir ó lee que se abre un concurso para una cátedra vacante de tal ó cual materia. Ninguna de estas ha podido estudiar aun profundamente. Quisiera, sin embargo, poderlas enseñar. Consulta, vé en los reglamentos lo que de él han de exigir en los ejercicios prevenidos; mide con su capacidad los conocimientos que requieren dichos actos; comprende entonces mas que nunca la inmensidad de todos y de cada uno de los tratados especiales; desmaya; árdua, se imagina, debe ser la empresa en que soñó hallándose despierta su ambición: retrocede, por fin, cuando engreído por aquella esperanza lisonjera, le pareció posible concurrir á la oposición que vió anunciada.

No falta quien le escite, quien á ir al concurso le provoque: lo resiste; pero anda el tiempo, y algo familiarizado ya con el primer sobresalto del temor, empieza á dar oído á la esperanza. Aprende, que compañeros de carrera menos aventajados que él acaso, se han resuelto y firmado ya la oposición.

Engriese de nuevo con su ejemplo. No coteja lo que sabe y lo que ignora con todo lo que tendria que saber para acudir animado á los concursos. Mídese ya con los demas que se preparan á la lid. Aconsejale entonces el valor, y no quiere escuchar á la prudencia... ¡Ay de ti, pobre Esculapio! ¡Si supieras lo que detrás está de aquella reaccion, de aquel lisonjero engreimiento, de aquel noble despecho!

Otro que en igual, idéntica situación tambien se hallaba, dejó de resolverse por entonces, porque mas modesto ó menos esforzado creyó vencer la inmensa dificultad ya percibida por aquel, á fuerza de esperar y prepararse. Estudia, se desvela, prepárase de lejos para vacantes ulteriores.

El tiempo pasa sin haberlas; su aplicación entre tanto y su conducta le grangean por todas partes

amistades: todo cuanto puede hacer la vida amable, accesible y de menos esquivéz á la fortuna, lo consigue.

No es ya un huérfano de padres y ventura, como era el día de su reválida, no; es un esposo feliz, un padre de familia, dichoso, afortunado. Su posición es ya elevada, digna, apetecible. Pero pensó una vez en ascender al magisterio: creyó que explicar la ciencia que él amaba, ser escuchado con respeto, ver brotar, florecer y dar fruto en sus alumnos á ideas, á semillas no sin muchos afanes recojidas, era el mas bello esperar de su esperanza. Estas primeras y dulces emociones, esa ambición que ardió en su inteligencia por haber prendido una vez, ya no se apaga. Un vacío moral experimenta que vá con él á todas partes, que le sigue en el campo, en el bullicio de las ciudades, en sus paseos solitarios y hasta le entretienen en sus insomnios. No envidia, no codicia los honores y mercedes que otros anhelarán, no: no corre como ellos desalado en busca del oro que les basta, no; nació para enseñar, para hacer fecundante la verdad, para encender ó atizar su fuego santo. ¡Qué extraño será que suspire á las veces macilento, si aquella luminosa pasión no satisface! ¡Qué vale, con efecto, la fortuna! ¡Qué son todos sus dones al lado de la gloria que se alcanza al transmitir y perpetuar en las generaciones las ideas!

Pero ¿qué será? Si tímido se hallaba en un principio, crece su timidez con aquella fortuna mas merecida.

Con la práctica de algunos años, con las meditaciones y estudios consiguientes, con la reputación adquirida sin mancilla, desea que ocurra una vacante.

La suerte la depara: anúnciase el concurso; publícase el edicto para esta oposición.... ¿La firma? ¿Se apresta para comenzar sus ejercicios?

No; era ya tarde.

¡Es tanto lo que de él pide la ley! ¡es tanto lo que exige, tanto, por fin, lo que él arriesga, que desalentado se resuelve á extinguir en su pecho para siempre aquella noble aspiración!

Otros, se dice él á sí mismo, que menos hayan adquirido; otros que tengan menos que perder, aventuren lo que la ley exige en tales casos se aventure.

Hombres, por lo tanto, experimentados y que al labrarse una reputación considerable mostraron su aptitud para brillar en altos puestos, se ven como en la imposibilidad de aspirar á ellos por las trabas que los reglamentos les imponen, no sin menoscabo de la ciencia á que vivieran de otro modo consagrados.

Dedúcese de aquí que, á nuestro juicio, solo aceptan la lid, ó jóvenes esforzados y de mérito que recién salidos de las aulas aun no tienen crédito que perder ni reputación que aventurar en caso adverso, ó profesores que desatendidos, mal recompensados por la suerte, buscan en la cátedra un asilo donde poder vivir sin los acerbos sinsabores de la práctica y apartados de una sociedad que les fué ingrata, acaso por haber reparado en tal ó cual lunar, singularidad ó escentricidad de su carácter, mas que en el mérito científico que puede realmente asistirles.

Todos, los primeros como los segundos, se disponen para sufrir los ejercicios, y á todos vamos á

compadecer desde el primer instante en que firmaron, hasta el postrero, en que la adversidad ó la fortuna ha de estampar en ellos su fallo irrevocable.

A todos les vemos prepararse, vivir inquietos por el día, desvelados por la noche, inapetentes, pálidos, tristes, pensativos, macilentos, hojeando libros, haciendo apuntaciones.... Parécenos entreoir cuando escribimos, sus suspiros, presenciar su desaliento, su fatiga. Vémosles dejar y tomar libros, pasar de una materia á otra materia, de uno á otro punto sin quedar de ninguno satisfechos. Atentos sin cesar á las brechas ó á los flancos por donde temen la embestida de contrincantes aguerridos, no hay objeción, no hay argumento de cuantos pueden hacerles sus contrarios que no les amedrente y acobarde.

Indagad, escudriñad el interior de ese joven lleno de pundonor y de entusiasmo, que ansiando una colocación aventajada se dispone á la lid, baja á la arena y dá comienzo á su ejercicio. Vedle, observadle un momento antes, en el acto, y largo tiempo despues de haberle autorizado el presidente para que empiece su lección. Miradle atentos y vereis, no sin participar de su congoja, el estado de concentración que su semblante, su actitud, su mirada, su voz, entrecortada y balbuciente, están marcando, hasta que ya encendida la fiebre del honor, se reanima.

Diríais que era un delincuente, sino teniendo honor como él y no habiéndole visto de peligro, no estuviérais en el caso de comprender su obcecación y desaliento.

Pues ese joven que en tan crítico estado mirais ahora, no es un hombre sin mérito, un hombre sin saber, aunque tal sea la apariencia, no; es un hombre que sabe; pero que siente la vergüenza de no saberlo todo en puesto donde la ley así se lo previene, y delante de un público que ignora si tanto saber es imposible.

En vano está luchando para reprimir ó disimular la turbación que por todas partes se revela. Siéntese como transparente para todos, para los jueces que le observan y para los curiosos que le acechan ó que impávidos le miran de hito en hito fijamente. Se confunde cuando vé una señal de indulgencia en el público que le oye: él tiene lástima de sí; pero quiere que los demas no se la tengan. La compasión le hace mas daño que la burla. Desmáyle quien muestra indiferencia ó desagrado á lo que dice: hiélale quien, como cansado ya de oírle se retira, y encuéndese de nuevo su rubor á cada testigo nuevo que entra. Todo le perturba: desconfía de la fidelidad de su memoria, y nunca está seguro de su juicio. No hay juez, no hay tribunal cuya severidad compita con la del mismo opositor en aquellos instantes tan aciagos para él.

Cuando fuera de actos tan solemnes como este, un error se deslizaba de sus labios; cuando una distracción le apartaba del camino ya trazado en su discurso, dejaba con un chiste ó una gracia el camino equivocado y proseguía sin vacilación en el primero; pero siendo opositor...., es ya otra cosa. Ya no hay aquella flexibilidad acomodaticia en el ingenio, ni aquel grato dominio de sus evoluciones ó sus giros.

(Se continuará.)